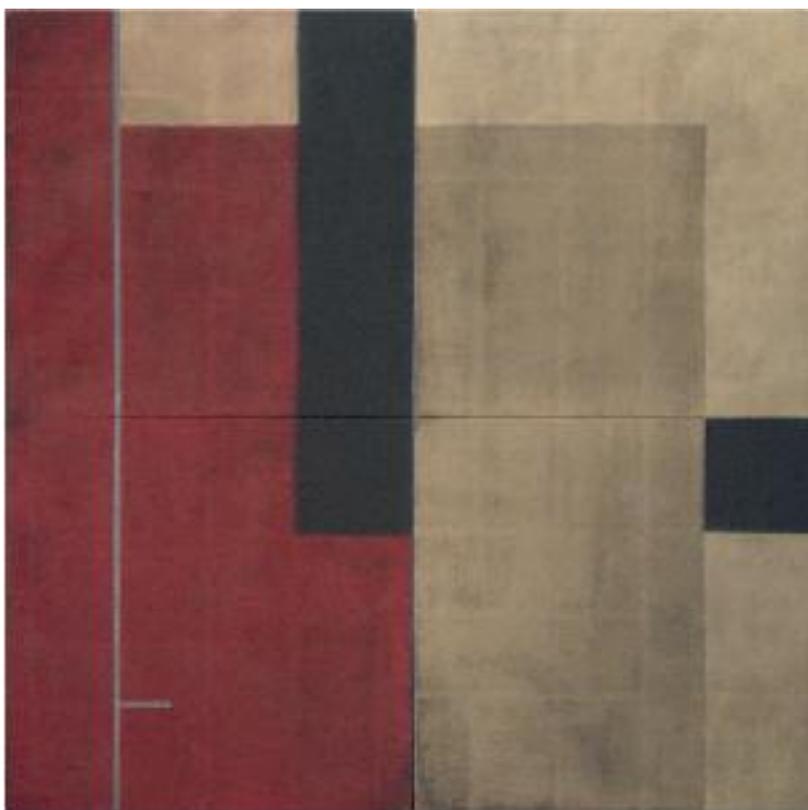


Fernando Álvarez-Uría
Julia Varela

Sociología de las instituciones
Bases sociales y culturales
de la conducta



Morata

Fernando ÁLVAREZ-URÍA
y
Julia VARELA

Sociología de las instituciones

Bases sociales y culturales de la conducta



Ediciones Morata, S. L.

Fundada por Javier Morata, Editor, en 1920
C/ Mejía Lequerica, 12 - 28004 - MADRID
morata@edmorata.es - www.edmorata.es

© Fernando ÁLVAREZ-URÍA
y
Julia VARELA

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes. Código Penal).

© de la presente edición:
EDICIONES MORATA, S. L. (2009)
Mejía Lequerica, 12. 28004 - Madrid
www.edmorata.es - morata@edmorata.es

Derechos reservados
ISBN: 978-84-7112-602-3
Depósito Legal: M-36.836-2009

Compuesto por: Sagrario Gallego Simón
Printed in Spain - Impreso en España
Imprime: Closas-Orcoyen, S. L. Paracuellos del Jarama (Madrid)

Cuadro de la cubierta: *Llave 126*, por Santiago Serrano.
Pintura sobre lienzo, (2 x 2), 2004.
Colección particular. Reproducido con permiso del autor.

Contenido

Introducción	9
Capitalismo y subjetividad, 9.	
PRIMERA PARTE: Instituciones de socialización primaria	19
CAPÍTULO PRIMERO: La familia, una institución en cambio	21
Los sociólogos clásicos y la familia, 21.—Policía de las familias, 29.—La proletarización de la paternidad, 32.—La fragmentación de las relaciones familiares en la sociedad líquida, 35.	
CAPÍTULO II: Sociología del género: Algunos modelos de análisis	39
Dominantes/dominadas, 40.—Revolución en la intimidad, 43.—Equilibrios y desequilibrios de poder, 46.—Resistencias frente a las relaciones de poder entre los sexos, 49.	
CAPÍTULO III: La escuela y sus funciones sociales	55
Consenso versus conflicto, 55.—Escuela y legitimación de las desigualdades sociales, 61.—Poderes y resistencias, 67.	
CAPÍTULO IV: La juventud en el espacio social. El grupo de iguales	75
Las primeras bandas de jóvenes, 76.—La sociedad de las esquinas, 79.—De las <i>subculturas juveniles</i> a las redes informales, 85.—Juventud, inmigración y discriminación: Las nuevas violencias urbanas, 91.	
SEGUNDA PARTE: Instituciones de resocialización	97
CAPÍTULO V: La relación médico-enfermo: Algunos estudios de sociología de la medicina	99
El punto de vista del humanismo médico, 100.—La medicina y el sistema social: El <i>rol del enfermo</i> , 101.—La medicina del capital, 105.—Organización social de la muerte, medicalización de la vida, 109.—Medicina, poder y estilos de pensar, 113.	

CAPÍTULO VI: Sociología y antipsiquiatría: Crítica de las instituciones manicomiales	119
Del hospital psiquiátrico a la comunidad terapéutica, 121.—El rol del enfermo mental y el nacimiento de la sectorización, 125.—Antipsiquiatría y sociología crítica, 130.—La institución negada, 134.	
CAPÍTULO VII: ¿Para qué sirven las cárceles?	137
Viaje por las penitenciarías de los Estados Unidos, 138.—Mercado de trabajo y sistema penal, 141.—Descenso a los sótanos del infierno, 143.—Ortopedia de cuerpos y almas, 146.—La abolición de las cárceles, 148.—Desviación y control social, 150.	
TERCERA PARTE: Instituciones de socialización secundaria	153
CAPÍTULO VIII: La precarización del trabajo asalariado	155
Nacimiento del sistema de fábrica, 156.—Trabajadores nómadas, 163.—Trabajo, propiedad social y protección social, 168.—Sociología del nuevo trabajo, 172.	
CAPÍTULO IX: La opinión pública y los <i>cultural studies</i>	177
Opinión pública y democracia, 178.—El debate Lippman/Dewey, 184.—¡Consulte su destino a las estrellas!, 188.—“ <i>Cultural Studies</i> ”, 194.	
CAPÍTULO X: Sociología política: Neoliberalismo, <i>Tercera vía</i> y socialdemocracia	199
Neoliberalismo y defensa de la familia tradicional, 201.—La <i>Tercera vía</i> y el cultivo del yo, 206.—Socialdemocracia y centralidad del trabajo, 209.	
Reflexiones finales:	217
Democracia en las instituciones y ética ciudadana, 217.	
BIBLIOGRAFÍA	227
Otras obras de Ediciones Morata de interés	239

Introducción

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen de una forma completamente autónoma en las circunstancias que ellos mismos eligieron, sino que la hacen en circunstancias que encuentran ya previamente preestablecidas, dadas, y heredadas.

Karl MARX.

Capitalismo y subjetividad

En los años ochenta y noventa *los neogóticos*, también conocidos como *los siniestros*, constituían una tribu urbana pacífica, educada, silenciosa, casi invisible en el interior de las culturas juveniles. Vestían de negro. Vivían sobre todo de noche. Se reunían en antros exclusivos de ambiente barroco e impregnados por el olor a incienso. Se fotografiaban en los cementerios, rodeados de tumbas y ruinas cubiertas de hiedra. Escuchaban música gregoriana y disfrutaban con los acordes de ultratumba y los cuentos de terror. Amantes del romanticismo y del espíritu poético, *los neogóticos*, con sus rostros empolvados y sus gestos comedidos, como si se tratase de aparecidos, o de muertos vivientes, encarnaban con mayor fuerza que el resto de las otras tribus el fantasma de la muerte social de *la juventud*. No hay espacio social para *la juventud* cuando no hay un proyecto social alternativo al estúpido imperativo categórico de *enriquecerse por encima de todo*. Es muy probable que fuese precisamente la fuerza de esta representación teatralizada, encarnada en unas vidas funerarias de otro tiempo, lo que generó contra estos jóvenes de terciopelo, provenientes en su mayoría de las viejas clases medias con movilidad social descendente, continuas agresiones y actos de violencia por parte del resto de las otras tribus urbanas.

En el cementerio de Père Lachaise, en el distrito XX de París, se encuentran las tumbas de Augusto COMTE, y de otros sociólogos de renombre entre los que figura también Pierre BOURDIEU. Sin embargo para cualquier visitante

que deambule por la necrópolis parisina hay una tumba que destaca en este inmenso parque monotemático pues se ha convertido en una especie de santuario de peregrinación al que acuden a diario numerosos fieles y, entre ellos, muy posiblemente, más de un neogótico. Es el túmulo funerario de Allan KARDEC visitado durante todo el año por numerosos seguidores y simpatizantes de su pensamiento, de modo que su tumba se encuentra siempre inundada de flores y acompañada de un público variopinto que se fotografía junto a su busto de mármol negro. El contraste, por ejemplo, con la tumba de unos de los padres de la sociología, Henri DE SAINT-SIMON es notable, pues la sepultura de éste se encuentra abandonada, cubierta de moho, en fin, en un estado lamentable a pesar de haber mantenido los saintsimonianos en el propio distrito XX de París, al lado de la calle de Menilmontant, una de las más importantes y activas comunidades societarias dirigida por el gran seguidor de SAINT-SIMON, ENFANTIN.

En los cementerios los vivos rinden culto a los muertos, y perpetúan su memoria, siempre acechada por el olvido, esa especie de cortina de niebla que se hace cada vez más densa con el paso del tiempo. En todo caso parece sociológicamente relevante el modo mediante el cual nuestras sociedades reavivan la memoria de Allan KARDEC a la vez que tienden a borrar del recuerdo las propuestas societarias de SAINT-SIMON. Ambos personajes representan respectivamente de un lado el idealismo individualista, propio de la parapsicología y la nigromancia, y del otro el industrialismo social igualitarista. Representan también el paso de una sociedad industrial de clases a una sociedad postindustrial de los individuos, es decir, la sustitución de los sistemas productivos, en los que se avivaban las polémicas sociales y políticas sobre los modelos de sociedad, por sociedades caracterizadas por el predominio de un capitalismo financiero que campea a sus anchas en buena medida gracias a la persistencia e intensificación del espejismo de un yo profundo, autónomo, autosuficiente, que es preciso explorar sin descanso, para descubrir al fin el árbol de la vida.

El sociólogo de la Universidad de Harvard Philip SLATER defendió a comienzos de los años setenta la existencia de un conflicto generacional en los Estados Unidos entre una cultura de los adultos, basada en la escasez, en la producción y el consumo, en la acumulación de riquezas, en la envidia, la competitividad y la búsqueda de la distinción, la cultura del esfuerzo y la búsqueda de la movilidad social ascendente y, en el otro polo, unas culturas juveniles centradas en los sentimientos, en el cultivo de la experiencia íntima, en la entrega al presente inmediato, en la búsqueda de la expresión estética y la creencia mágica en el poder del amor. La nueva cultura juvenil estaría basada en el rechazo del supuesto de la escasez, por lo que la competencia se haría innecesaria, y también la agresión humana. Cuando los medios de subsistencia abundan, la vida puede estar dedicada al cultivo de la alegría y de la belleza interior. Lo importante para la nueva cultura no es la opulencia económica sino el disfrute del propio cuerpo. Del individualismo de los padres se habría pasado al narcisismo de los hijos, y una de las vías de explicación del cambio cultural la encuentra SLATER en el enorme peso ejercido por el Doctor SPOCK, médico, profesor, y consejero de millones de madres norteamericanas. *Las madres orientadas por SPOCK, escribe, la mayoría de clase media, creen en lo más profundo de sus corazones que si realizaran su tarea lo suficientemente bien todos su hijos serían creativos, inteligentes, ama-*

bles, generosos, felices, valientes, espontáneos y buenos, cada uno por supuesto de un modo propio y especial¹. La educación personalizada desde la primera infancia sería la raíz principal del cambio de las pautas culturales: de la cultura del trabajo a la cultura de la identidad. Los sentimientos de omnipotencia del yo procedentes de la joven América se habrían extendido en la actualidad por la vieja Europa de forma que mientras que KARDEC es entronizado en el panteón de los héroes, la propia tumba de SAINT-SIMON parece condenada a quedar recubierta por el musgo y las tortuosas raíces de los árboles que la rodean.

La debilidad de la explicación de SLATER no debe hacernos olvidar el paso tendencial de una cultura predominantemente centrada en el esfuerzo, y en los signos visibles del enriquecimiento, a una nueva cultura del yo psicológico, una cultura que también hunde sus raíces en el individualismo posesivo. Cuando el yo pasa a ocupar el centro del universo, la vida social queda equiparada a las externalidades del sistema productivo. La vida política se metamorfosea entonces en la feria de las vanidades, en un pase de modelos de ropa rabiosamente joven que resulta prescindible para los que no abandonan los pantalones tejanos o las bermudas.

El análisis de las instituciones de socialización primaria, de resocialización, y de socialización secundaria que abordamos en este libro es en gran parte fruto de las clases de sociología que durante años hemos impartido en las facultades de Ciencias de la Información y de Psicología en la Universidad Complutense de Madrid. Se recogen por tanto en él una serie de estudios sociológicos que nos han interesado, y también algunos trabajos que nosotros mismos hemos realizado². Las apreciaciones de los estudiantes, y los debates que hemos mantenido con ellos en las clases, han sido un importante estímulo a la hora de elaborar esta pequeña introducción a la sociología.

Para analizar la lógica de funcionamiento de las principales instituciones que vertebran la vida social, y que contribuyen de forma decisiva a conformar subjetividades, nos remitimos sobre todo a investigaciones que fueron realizadas en su mayor parte durante el siglo xx, y más concretamente a partir de los años sesenta y setenta del siglo xx, cuando la sociología crítica, predominantemente europea, conoció un gran empuje en íntima relación con las movilizaciones que tuvieron lugar en torno a los movimientos estudiantiles de mayo de 1968. Frente a la Gran Teoría norteamericana, y frente al marxismo soviético, surgieron pujantes, a finales de los años sesenta, toda una serie de estudios sociológicos que respondían a demandas radicales de reforma y cambio social. Para transformar una sociedad autoritaria en una sociedad democrática era preciso objetivar la lógica de funcionamiento de las instituciones sociales, mostrar sus inercias, la pervivencia de privilegios heredados y de desigualdades, analizar sus raíces, proponer, en fin, líneas alternativas de cambio. En este sentido este libro puede ser leído

¹ Cf. Philip SLATER, *La soledad en la sociedad norteamericana*, Barcelona, Ed. Península, 1976, pág. 106. Su análisis se centra sobre todo en el libro de Benjamín SPOCK, *Baby and Child Care*, Nueva York, Pocket Books, 1968.

² De los diez capítulos que componen *Sociología de las instituciones* seis han sido escritos para este libro, y los otros cuatro, los Capítulos II, VI, VII y X, han sido reelaborados a partir de trabajos en su mayor parte ya publicados en la revista *Archipiélago* o en la revista *Claves de la razón práctica*.

como complemento de *Sociología, capitalismo y democracia*, un estudio que publicamos en 2004, también en esta misma Editorial Morata, en el que tratamos de estudiar la génesis y el desarrollo de la sociología occidental en íntima relación con la cuestión social³.

Cuando se aproxima el tiempo de dar el relevo a los sociólogos de las generaciones más jóvenes, consideramos que puede ser útil transmitir de forma escrita, y un poco sistematizada, nuestra propia memoria profesional. En estos últimos treinta años nuestras sociedades, y el mundo en general, han sufrido una gran transformación. Por tanto, para dar cuenta de las grandes fuerzas que atraviesan nuestras sociedades en el presente, es preciso innovar, crear categorías nuevas, abrir el camino a nuevas problematizaciones. Pero los saberes científicos no parten de cero, se construyen con materiales heredados, con viejas y nuevas categorías de pensamiento que, convertidas en cajas de herramientas, nos permitan proponer nuevas teorías que den cuenta del cambio social e institucional. Hoy, como ayer, los sociólogos trabajamos para intentar comprender el mundo en el que nos ha correspondido vivir, objetivar sus violencias, sus relaciones de fuerza, sus formas de dominación. Trabajamos para favorecer el paso hacia sociedades más justas y pacíficas, en las que podamos ejercer un control más autónomo sobre nuestras propias vidas. Para ello es preciso objetivar los problemas sociales que nos impiden avanzar.

Las grandes declaraciones de los derechos humanos afirman que los seres humanos nacemos libres, iguales y no sometidos a servidumbre, pero nacemos también en el interior de sociedades jerarquizadas, herederas de una historia, caracterizadas por instituciones y organizaciones que tienen un peso determinado en nuestros modos de ser, de pensar, de actuar, y de sentir, y que por tanto inciden en la formación de nuestra propia identidad.

En el siglo XX los grandes descubrimientos de la genética, desde las leyes de MENDEL hasta el estudio secuenciado del genoma humano, han proporcionado un gran impulso al estudio de las bases biológicas de la conducta. Las explicaciones biogenéticas de la conducta, el recurso a las bases psíquicas de las acciones de los seres humanos, silencian, o tienden a poner entre paréntesis, las bases sociales y culturales de la acción social. Y sin embargo la propia categorización de las bases biológicas del comportamiento es de naturaleza social, pues tanto las ciencias biológicas, como las ciencias médicas, e incluso las ciencias naturales, presuponen para su existencia un cierto desarrollo social y epistemológico propio de sociedades que valoran los códigos científicos. No es posible, por tanto, el ejercicio de un cierto grado de libertad, ni puede haber acciones humanas, incluidas las destinadas a la producción de teorías científicas, si no están mediadas por la vida social y cultural. Cada uno de nosotros no seríamos hoy lo que somos si hubiésemos nacido en otro tiempo y en otra sociedad, si nuestros lazos sociales, nuestra lengua, nuestros valores culturales y religiosos, nuestras raíces familiares y nuestros aprendizajes sociales fuesen muy distintos de todos los que contribuyeron a proporcionarnos una determinada singularidad. Adquirimos una posición social en función del capital económico, del capital social y del capi-

³ Cf. Fernando ÁLVAREZ-URÍA y Julia VARELA, *Sociología, capitalismo y democracia. Génesis e institucionalización de la sociología en Occidente*, Madrid, Morata, 2004.

tal cultural heredados, y en función también de nuestra propia trayectoria personal⁴. La imagen que tenemos de nosotros mismos no es ajena a la que nos devuelven los demás en las interacciones que mantenemos con ellos, de modo que nuestros itinerarios personales están indisolublemente unidos a los círculos sociales en los que nacemos y nos movemos, a las instituciones por las que pasamos y en las que nos socializamos, a los gustos y consumos que ponemos en práctica, a las acciones e interacciones con las que contribuimos, para bien o para mal, a conformar un determinado tipo de sociedad. En buena medida esos vínculos e instituciones, esas redes sociales, han contribuido a hacer de nosotros lo que somos. Reconocer el peso de lo social en nuestra propia existencia no significa postular un determinismo absoluto que no deje ningún espacio para las opciones personales. La vida social es coactiva, pesa con gravedad sobre nuestro modo de percibir, de pensar y de actuar, pero a la vez gozamos de ciertos grados de libertad. Los sujetos no somos el resultado mecánico del conjunto de las fuerzas que conforman nuestra sociedad pero, por mucho que los discursos ideológicos lo proclamen, tampoco existe el individuo aislado, totalmente flotante, libre de vínculos, autónomo, autosuficiente, sin barreras que pongan límites a su libertad. El yo autorregulado es una quimera fruto de una ilusión trivial. No se trata de una ilusión sin consecuencias, pues sobre esa percepción de la subjetividad ahistórica y asocial, libre de trabas, buena parte de los economistas marginalistas erigieron una peculiar concepción del *homo oeconomicus*, y buena parte de los representantes de la psicología apelaron al *homo psychologicus*. El *homo oeconomicus* y el *homo psychologicus* son en la actualidad las dos caras de la misma moneda, la imagen de marca del capitalismo de consumo actualmente en crisis.

En el siglo XIX la sociología y la psicología se institucionalizaron como ciencias universitarias. En la génesis y desarrollo de las ciencias operan procesos complejos, procesos enraizados en la conciencia colectiva, procesos de naturaleza histórica, social y política, que inciden en el cambiante estatuto del saber. En cierto modo, en las sociedades modernas los científicos retomaron los poderes taumatúrgicos que durante mucho tiempo permanecieron monopolizados por magos, sacerdotes e inquisidores. La ciencia se hizo poderosa, entre otras cosas, porque los científicos también produjeron saberes susceptibles de ser instrumentalizados por los poderes públicos. La sociología, por ejemplo, retomó de los tribunales inquisitoriales la técnica de la encuesta, es decir, un procedimiento judicial destinado a determinar la verdad de la prueba. La psicología y la psiquiatría retomaron de los poderes religiosos la capacidad de expulsar y controlar a los demonios. El diablo no se fue como por ensalmo del mundo cuando se produjo el nacimiento de la Modernidad, se escondió, se replegó en lo más profundo de las mentes erráticas, allí donde surge la voz ronca de la locura.

Previamente a que los saberes sociológicos y psicológicos se convirtiesen en saberes académicos, a finales del siglo XIX, se produjo un importante descubrimiento que está en la base del nacimiento de la economía política: el descu-

⁴ Quizás uno de los análisis más afinado de los vectores que proporcionan a los actores sociales una posición social determinada en la estratificación social se puede encontrar en el libro de Pierre BOURDIEU, *La distinción. Crítica y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988. (La edición original francesa data de 1979).

brimiento de la población. Fueron los representantes de la economía política escocesa, los defensores del liberalismo económico, quienes establecieron una ecuación entre trabajo, población y riqueza. Si la fuente de la riqueza es el trabajo, entonces es preciso ocuparse de la población, pues quienes trabajan son los productores de la riqueza, es decir, son ellos quienes hacen posible *la riqueza de las naciones*. Psicología y sociología surgieron como saberes codificados bajo el cielo protector de los estudios sobre la población. Los primeros psicólogos trataron de estudiar y de medir la fuerza de esa poderosa máquina humana que es el trabajador. Los tiempos de reacción, la discriminación de pesos y medidas, la fatiga y el sueño, la percepción, las respuestas a la estimulación, fueron algunos de los asuntos abordados por los pioneros tasadores de cuerpos y almas, por los primeros especialistas en el estudio de la mente humana. La sociología a su vez se ocupaba de un asunto también vital para el sistema social: el estudio de los mecanismos que hacen posible el mantenimiento del orden social y su reproducción.

Sociología y psicología nacieron en el seno de la sociedad de clases que, a medida que se desarrolló la división social del trabajo, se transformó tendencialmente en una sociedad de los individuos. Sin embargo, mientras que los psicólogos se centraron en los individuos, en los sujetos, los sociólogos abordaron *la cuestión social*, los enfrentamientos entre las clases y los problemas sociales que generó la revolución industrial y el capitalismo, así como el funcionamiento de las instituciones sociales. Se produjo por tanto en el siglo XIX una especie de división social del trabajo en el interior de estas dos ciencias sociales: el individuo para unos; la sociedad para otros. Los sociólogos tendieron a focalizar por tanto su atención sobre los vínculos sociales, sobre la naturaleza de las relaciones sociales.

Émile DURKHEIM observó que la densidad de las redes sociales varía con la naturaleza de las sociedades. Vivimos en sociedades complejas, en sociedades eminentemente urbanas, pobladas por individuos, sociedades regidas por un tipo de solidaridad que DURKHEIM denominó *solidaridad orgánica*, para diferenciarla de la *solidaridad mecánica* propia de las sociedades rurales, de las llamadas *sociedades tradicionales*, de las sociedades tribales o *primitivas*, caracterizadas por la fuerza de los vínculos comunitarios. En el siglo XIX los psicólogos se aferraron a las bases psicofísicas de la subjetividad mientras que los sociólogos tendían a diluir la subjetividad en los vínculos sociales hasta el punto de que MARX escribe en la Tesis VI sobre FEUERBACH que la *esencia humana es el conjunto de las relaciones sociales*. Vemos, por tanto, que si bien la psicología y la sociología hunden sus raíces en un proceso moderno de secularización, se bifurcan en el proceso mismo de su institucionalización, se tienden a dividir en función del estudio de lo individual o de lo colectivo. Los psicólogos se anexionaron el espacio de la subjetividad, mientras que los sociólogos reclamaron para sí todo el territorio de lo social. La psicología tiende a aproximarse así a las ciencias físicas y naturales, a la fisiología, a la medicina, a la genética, mientras que la sociología, por su parte, tiende a aproximarse más a las ciencias morales y políticas.

Max WEBER, uno de los grandes sociólogos clásicos, planteó, al igual que había hecho con anterioridad Émile DURKHEIM en relación con el análisis de los factores sociales que inciden en los suicidios, algunas críticas a la concepción

psicologista del sujeto. WEBER fue, junto con SOMBART, uno de los primeros en plantear la existencia de un *espíritu del capitalismo*, es decir, la existencia de unas raíces subjetivas en el ansia por acumular dinero por parte de los capitalistas. Para WEBER la *personalidad capitalista* ha sido conformada en moldes puritanos, en moldes protestantes. Los análisis de WEBER dieron lugar a vivos debates, pero sobre todo recobraron gran actualidad cuando en Alemania se produjo la irresistible ascensión del nacional-socialismo, del nazismo. En los años treinta y cuarenta del siglo XX toda una serie de sociólogos, siguiendo la senda marcada por Max WEBER, trataron de tender puentes para establecer un diálogo entre psicología y sociología. Se trataba de analizar las raíces históricas y sociales de la subjetividad, pero sin diluir la subjetividad en las relaciones sociales, pues en las sociedades democráticas hay también un espacio para la libre elección de los sujetos.

Karl MANHEIM impartió, en 1938, en la Universidad de Oxford una serie de cuatro conferencias sobre las bases sociales de la personalidad. También Theodor ADORNO insistió en esos mismos problemas apelando al freudomarxismo. ¿Cómo ha sido posible que la barbarie haya triunfado en Alemania para encaramarse en el poder político tras unas elecciones libres y democráticas? ¿Por qué una mayoría de alemanes prefirieron optar por la servidumbre voluntaria a un poder tiránico en lugar de asumir la democracia y el riesgo de la libertad? Para explicar estos momentos decisivos de la historia de la humanidad, para comprender importantes cambios sociales y políticos, no cabía el recurso a la psicología individualista, era preciso remitirse a importantes cambios culturales, institucionales, socio-políticos. Los estudios que componían *La personalidad autoritaria*, pusieron especial énfasis en las transformaciones que se estaban produciendo en la institución familiar, en tanto que instancia de socialización primaria de los sujetos, así como en las peculiaridades de una sociedad industrializada, jerarquizada y elitista, una sociedad capitalista en la que unas minorías poderosas gozaban en exclusiva de poder y prestigio, lo que generaba una gran frustración entre el resto de los miembros de la sociedad. Los representantes de la Escuela de Frankfurt subrayaron el papel de la familia patriarcal en la producción de individuos conformados con una *personalidad autoritaria* que se caracteriza por un *superyo* severo, sentimientos de culpa, debilidad respecto a la autoridad paterna, deseo y placer de dominar a personas más débiles, aceptación del sufrimiento como castigo de la propia culpa, en fin, una capacidad deteriorada para ser feliz. El freudomarxismo constituyó un primer e importante intento de aunar una sociología y una psicología críticas capaces de hacer visibles los mecanismos de funcionamiento del poder y de opresión que estaban al servicio del orden autoritario instituido.

En la etapa que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad, la psicología y la sociología han seguido, por lo general, senderos separados. Para expresarlo con brevedad podríamos afirmar que una parte de la psicología dominante se ha elementalizado y naturalizado —tal es el caso del modelo behaviorista o conductista que apela al esquema estereotipado del estímulo-respuesta—, mientras que la sociología dominante, el funcionalismo, se ha formalizado y psicologizado, en parte al introducir Talcott PARSONS, su gran mentor, los códigos psicoanalíticos en el estudio de los procesos de socialización. Conductismo y funcionalismo coinciden sin embargo en buscar una legitimidad

científica fácilmente recuperable por las instancias de poder. Sin embargo, en los años sesenta y setenta del siglo xx, se han producido importantes movimientos críticos, movimientos sociales e intelectuales, que reclamaban a la vez la crítica de los saberes y del ejercicio de determinados poderes, y también un cuestionamiento de la propia subjetividad, de la moral instituida, y de la ética personal que nos han sido impuestas. Una importante expresión de esos movimientos fueron los movimientos antipsiquiátricos, y especialmente el movimiento antipsiquiátrico italiano, que consiguió abolir los manicomios. El objetivo era contribuir a conformar una ética alternativa, una moral alternativa, y una sociedad no capitalista. Para ello se precisaban a la vez análisis y prácticas emancipadoras. Era preciso conocer la lógica institucional para cambiar las organizaciones sociales, para transformar las instituciones, y con ellas transformarnos también a nosotros mismos, era preciso reivindicar lo que Michel FOUCAULT denominó los *saberes sometidos* con el fin de romper la simbiosis dominante existente entre poderes y saberes oficiales. Sociología y psicología críticas volvían de nuevo a confluir en un proyecto de objetivación de los malestares existentes, y en la búsqueda de propuestas alternativas. Psicólogos, sociólogos, antropólogos, historiadores y psiquiatras, representantes del análisis institucional, trabajadores sociales, educadores, militantes comprometidos en luchas anticapitalistas, comenzaron a colaborar juntos en la crítica de unas instituciones que no funcionaban democráticamente, y pasaron a analizar el peso de las instituciones de socialización y resocialización sobre nuestros comportamientos y nuestras vidas.

Los trabajos de sociólogos críticos como Erving GOFFMAN, Basil BERNSTEIN, Pierre BOURDIEU, Robert CASTEL, Jacques DONZELOT, Michel FOUCAULT, Norbert ELIAS, Richard SENNETT, por citar tan sólo a algunos de los más conocidos, han contribuido, en íntima relación con los movimientos sociales de 1968, a poner de manifiesto las bases sociales de la subjetividad, así como los procesos de subjetivación imperantes en nuestras sociedades. Estos análisis, en la medida en que nos permitieron ver fuerzas y dinámicas que eran invisibles, realizaron un proceso de objetivación de la vida social que incrementó el perímetro de nuestra libertad. Somos más libres, pues el conocimiento del funcionamiento de poderes exorbitantes nos permite elegir sobre su perpetuación o su neutralización y superación. Todos estos trabajos, que podríamos englobar bajo la rúbrica de *sociología crítica de las instituciones*, defienden que las formas de subjetividad no son ajenas a las condiciones sociales y estructurales objetivas en las que las subjetividades se conforman. Por tanto, para asumir una ética personal, una ética solidaria, una ética crítica con los retazos morales que hemos heredado del cristianismo y del puritanismo, es decir, una ética secular, alejada de las bases morales irracionales asentadas en las religiones, debemos ser conscientes de las formas que adopta la moral social que nos ha sido impuesta. Decía Pierre BOURDIEU que en buena medida el orden social se reproduce porque es inconsciente. El mantenimiento de un orden social injusto se sustenta en el desconocimiento de las fuerzas que lo constituyen. En ese sentido la sociología, al romper el desconocimiento que está en la base del reconocimiento de lo instituido, amplía el grado de nuestra autonomía, enriquece nuestra capacidad de decisión, nos proporciona saberes con conocimiento de causa sobre el mundo en el que queremos vivir, y nos ayuda también en la búsqueda de una ética ciudadana. Mientras que la psi-

ciología oficialista, la psicología más normativa, tiende a responsabilizar a los individuos de sus males, y a eximir al sistema social de la menor disfuncionalidad en la forma de comportarse los sujetos, pues deja entre paréntesis el peso ejercido sobre las conductas por el cuerpo social, la sociología y la psicología críticas tratan de objetivar las relaciones complejas entre los sujetos y el mundo social, sin separarlos artificialmente. Como señalaba Noam CHOMSKY, el conocimiento de todo lo que hay de intolerable e injusto en nuestro mundo social abre un espacio para la deliberación y para la toma de decisiones. *El particular orden socioeconómico impuesto*, afirma CHOMSKY, *es el resultado de decisiones humanas en instituciones humanas. Las decisiones pueden modificarse, las instituciones pueden modificarse y, en caso necesario, desmantelarse y sustituirse, tal como gente honesta y valiente ha venido haciendo a lo largo de la historia*⁵. Norbert ELIAS ha sido el sociólogo contemporáneo que más ha estudiado los procesos que han conducido, en las sociedades occidentales, desde finales de la Edad Media hasta la actualidad, a establecer una oposición entre el individuo y la sociedad. Este problema lo estudió especialmente en *El proceso de la civilización* y en *La sociedad de los individuos*. En este último libro considera que, en nuestras sociedades contemporáneas, hay una tendencia a conferir más valor a aquello que diferencia a unos individuos de otros, es decir, a afirmar *la identidad del yo* frente a *la identidad del nosotros*. Se trata sin embargo de un fenómeno reciente, muy ligado a la división social del trabajo y al proceso de individualización. La configuración social de las relaciones humanas en los países más mercantilizados implica una deriva a favor del yo, frente al nosotros, una fragilización de los vínculos sociales, de las relaciones sociales, que se traduce en una pérdida de densidad de las instituciones heredadas. Y aunque no se ha perdido el deseo de seguridad y de estabilidad emocional, propios del vivir en sociedad, algunos sujetos pierden sin embargo la capacidad para relacionarse emocionalmente con los demás. Para que se pueda elaborar una verdadera sociología de estos procesos ELIAS reclama modelos interdisciplinarios que analicen los aspectos biológicos, psicológicos y sociológicos del desarrollo de la personalidad de los seres humanos⁶.

Los estudios de sociología de las instituciones que aquí proponemos responden sin duda a una elección personal, pues reflejan nuestras preocupaciones personales, pero constituyen a la vez una opción legítima que compartimos con otros muchos sociólogos y antropólogos que, guiados por una voluntad de verdad, pretenden contribuir a definir con mayor claridad las raíces sociales y culturales de nuestras formas de vivir para someterlas a debate⁷. La sociología, al hacer visible lo invisible, lo que estaba enmascarado, oculto, contribuye a sacar a la luz fuerzas que no controlamos, y que en ocasiones nos atenazan. En este sentido se podría decir que intentamos trazar algo así como un mapa que nos permita orientarnos en el laberinto de la lógica social, un mapa que nos permita adentrarnos en los mecanismos y organizaciones que

⁵ Cf. Noam CHOMSKY, "El control de nuestras vidas", *El Viejo Topo*, 144, Octubre 2000, págs. 9-20.

⁶ Cf. Norbert ELIAS, *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península, 1990, pág. 214.

⁷ El lector interesado puede contrastar nuestra posición con otros estudios de sociología de las instituciones, tanto generales como específicos, que aparecen citados en buena parte de los manuales de sociología.

conforman una determinada sociedad, y a la vez un modo específico de ser sujetos. El estudio de las instituciones de socialización primaria, de resocialización, y de socialización secundaria, pretende ser una ventana para observar desde un ángulo sociológico y antropológico el mundo en el que nos ha correspondido vivir. Pero no deberíamos olvidar las palabras del viejo MARX: lo importante no sólo es comprender la marcha del mundo, sino, y sobre todo, contribuir a transformarlo para hacer de él, y para todos, un mundo más habitable y justo.

PRIMERA PARTE

**Instituciones de socialización
primaria**

CAPÍTULO PRIMERO

La familia, una institución en cambio

En la actualidad en los estudios de los analistas sociales son frecuentes las referencias a *la crisis de la familia*, y los medios de comunicación se hacen eco de ello. Al recurrir al término *crisis* quienes defienden la pervivencia de la familia tradicional tienden a transmitir la idea de que la institución familiar se ha mantenido estable durante siglos, y que es precisamente ahora, en nuestro tiempo, cuando esta institución está siendo sometida a un asedio particular por los partidarios de la destrucción de la familia. Sin embargo la institución familiar, como toda institución social, tiene una génesis, ha sufrido cambios, y está sujeta a transformaciones profundas. En nuestras sociedades coexisten diferentes tipos de familia: desde la familia patriarcal y extensa, hasta la familia burguesa, las familias monoparentales, y las familias formadas por personas del mismo sexo. Es precisamente esta diversidad en las relaciones de parentesco, estrechamente vinculada al nacimiento y desarrollo de una sociedad de los individuos, lo que plantea problemas para los defensores de *la familia*. Con el fin de poner de manifiesto algunos de estos cambios nos serviremos de los análisis de dos sociólogos clásicos, Friedrich ENGELS y Émile DURKHEIM, para pasar a centrarnos posteriormente en estudios más recientes realizados por tres científicos sociales: Jacques DONZELOT, Christopher LASCH y Zygmunt BAUMAN.

Los sociólogos clásicos y la familia

El libro de Friedrich ENGELS, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, se publicó por vez primera en 1884, justamente cuando imperaba en Europa la sociedad victoriana, y cuando estaban proliferando toda una serie de investigaciones de etnografía, y de historia de *la familia*. ENGELS realizó, en gran medida, un comentario de los trabajos de Lewis H. MORGAN, y más con-

cretamente se centró en *Ancient Society*, un influyente libro que vio la luz por vez primera en 1877¹.

MORGAN estableció en *Ancient Society* cinco formas diferentes de familia que supuestamente se correspondían con las grandes épocas de la evolución de la humanidad. Se interesó especialmente por el origen de la familia monogámica, y consideró su triunfo como uno de los síntomas de la civilización greco-romana. Los tipos ideales de las formas de familia que elaboró fueron el resultado de estudios de antropología comparada, pero también de un uso minucioso de materiales históricos y literarios. MORGAN construyó todo un sistema lógico-deductivo que sólo en parte se apoyaba en materiales empíricos de primera mano. A su juicio *fue el desarrollo de la propiedad, y el deseo de que ésta fuese transmitida a los hijos, lo que sirvió de fuerza motriz para introducir la monogamia como medio de asegurar herederos legítimos, y limitar su número a la prole efectiva de la pareja conyugal*.

A juicio de MORGAN los dos hechos principales sobre los que se funda la familia monogámica son que cada varón se contenta con una esposa, y que las mujeres permanezcan castas. Este tipo de familia estuvo por tanto precedido por otras formas precursoras de parentesco, y alcanzó su estado más completo en los tiempos modernos². Esta lógica de desarrollo conduce a pensar, tanto a MORGAN como a ENGELS, que *la familia* debe progresar con la sociedad, y cambiar en la medida en que ésta lo haga y, puesto que la sociedad ha progresado enormemente desde el comienzo de la civilización, debe ser capaz de nuevos progresos hasta llegar a la igualdad real entre los sexos. Se establecerá así una nueva relación con la propiedad, al mismo tiempo que se instaurará *la democracia en el gobierno, la fraternidad en la sociedad, la igualdad de derechos y privilegios, y la educación universal*. ENGELS, aceptó por tanto, en términos generales, la evolución de la familia descrita por MORGAN, y señaló que para llegar a la familia monogámica no sólo fue necesario que el grupo de parentesco hubiese quedado reducido a su última unidad, es decir, a un hombre y una mujer, y que la selección natural redujese cada vez más la comunidad de los matrimonios, sino que también fue necesario que otras variables de *orden social* entrasen en escena, es decir, causas vinculadas con el excedente de riquezas, con la división social y sexual del trabajo, con la esclavitud. Todos estos factores introdujeron nuevas relaciones de poder entre los sexos, y cambios que afectaron a la transmisión de los bienes. Sin embargo, frente a MORGAN, que consideraba que la familia monogámica moderna era la realización más acabada de los mejores instintos del hombre, ENGELS tendió a subrayar las contradicciones de esta institución. La institu-

¹ ENGELS da cuenta en su libro del vivo debate mantenido por científicos sociales de la época, tales como MORGAN, BACHOFEN, TYLOR, MACLENNAN, LUBBOCK, WESTERMARCK, y LETOURNEAU, entre otros. Sin embargo manifestó por *Ancient Society* un entusiasmo especial: *el descubrimiento de la primitiva gens de derecho materno de los pueblos civilizados tiene para la historia primitiva la misma importancia que tuvo la teoría de la evolución de DARWIN para la biología, y que tuvo la teoría de la plusvalía de MARX, para la economía política*. Cf. Friedrich ENGELS, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, Madrid, Ayuso, 1988. Véase también Lewis H. MORGAN, *La sociedad primitiva*, Madrid, Ayuso, 1975.

² Lewis H. MORGAN explica que el nombre de *familia* fue un término introducido en la sociedad latina para definir una nueva organización cuya cabeza mantenía bajo autoridad paterna a la esposa, hijos, y servidumbre.

cionalización de la monogamia no es ajena a los conflictos entre los sexos y entre las clases.

Frente a las ideas transmitidas por la filosofía ilustrada del siglo XVIII, que hacían de las mujeres, desde el origen de la humanidad, las esclavas naturales de los varones, ENGELS defendió que las mujeres fueron libres entre los salvajes y las tribus que se encontraban en los estadios inferior y medio de la barbarie. En este tipo de sociedades matriarcales las mujeres gozaron de una posición de preeminencia sobre los varones. El gobierno de las mujeres estaba por tanto difundido en tiempos primitivos por todas partes, y se basaba en una economía doméstica de carácter comunista.

¿Cómo se pasó de esta preeminencia femenina a la dominación masculina, al poder patriarcal? A medida que crecían las riquezas de la comunidad los varones adquirieron una posición más relevante en el seno de la familia matriarcal, y así surgió la idea de modificar las costumbres para que los hijos varones heredasen. Sin embargo esto no era posible mientras estuviese vigente la filiación en función del derecho materno. Las modificaciones que introdujo el nuevo derecho paterno de sucesión hicieron posible que la herencia pasase a los hijos por línea paterna, lo que constituyó, según ENGELS, una de las revoluciones más profundas que conoció la humanidad, y correlativamente la gran derrota histórica del sexo femenino. No queda muy claro cómo se produjo esta revolución en cadena desde el cambio del derecho de sucesión pero, por los datos que aportan algunos antropólogos, se deduce que estuvo vinculada al incremento de la riqueza y a cambios profundos en el género de vida³.

A finales de la Edad Media se produjo en el Occidente europeo un gran progreso moral, pues surgió el moderno amor sexual individual, es decir, un tipo de amor desconocido anteriormente en la historia de la humanidad. En un principio este tipo de amor no se desarrolló dentro del matrimonio, sino fuera de él. El amor sexual caballeresco, entendido como pasión, fue cantado por los trovadores de la poesía provenzal. La monogamia no fue sin embargo, en modo alguno, fruto del amor sexual individual, sino fruto del cálculo, pues fue la primera forma de familia que se basaba en condiciones económicas (*condiciones sociales* decía el texto de 1884). De modo que se impuso el triunfo de la propiedad privada sobre la propiedad común primitiva. ENGELS señala, siguiendo a MARX, que la familia monogámica es la forma celular de la sociedad civilizada, en la cual se puede estudiar la naturaleza de las contradicciones y los antagonismos que alcanzaron pleno apogeo en las sociedades industriales del siglo XIX. Y, en la medida en que las bases económicas en las que se funda la monogamia están llamadas a desaparecer, el triunfo de la revolución de los trabajadores transformará en propiedad social la mayoría de las riquezas concentradas hasta entonces en manos de los capitalistas varones, de modo que se abolirá la prostitución y el estado de subordinación de las mujeres. Al pasar los medios de producción a ser propiedad común, la familia individual dejará de ser la unidad económica de la sociedad, y la economía doméstica, al igual que el cuidado y la educación de los hijos, se

³ *El derrocamiento del derecho materno*, escribe ENGELS, dio paso a que *el hombre empuñase también las riendas de la casa; la mujer se vio degradada, convertida en servidora, en esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción.*

transformará en una tarea social. Las jóvenes solteras podrán así entregarse libremente a los hombres que aman, y viceversa, y surgirán unas relaciones sexuales libres que harán posible el amor sexual individual. El ideal de las relaciones entre los sexos no estriba por tanto, para ENGELS, en el retorno a un comunismo primitivo, sino en el triunfo del amor individual en una situación de igualdad entre los sexos. La revolución proletaria, al destruir las condiciones económicas que engendraron la monogamia, dará al traste con la dominación masculina y con la indisolubilidad del matrimonio, y se impondrá el matrimonio libre fundado en el amor, el único moralmente defendible. Pero, dado que la duración del amor sexual es variable, *pues es exclusivista por su propia naturaleza*, el divorcio, la libre separación, supondrá un beneficio tanto para los hombres como para las mujeres.

El sociólogo francés Émile DURKHEIM impartió en 1888 un curso de *Introducción a la sociología de la familia* cuya finalidad era definir las características de la *familia conyugal*, características que, a su juicio, eran el resultado de un largo desarrollo histórico, y que en buena parte fueron incorporadas al ámbito de las leyes. En este curso DURKHEIM estableció fundamentalmente una serie de diferencias entre la familia patriarcal, la familia paternal, y la familia conyugal, aunque también se refirió a otros tipos de familias⁴.

Émile DURKHEIM formuló la *ley de la contracción progresiva de las relaciones familiares*: del clan exógamo amorfo, del grupo amplio de consanguíneos, se pasó al clan diferenciado, a familias propiamente dichas, familias uterinas o masculinas; de éstas a la familia indivisa de agnates, a la familia patriarcal, paternal o maternal; y en fin, por último, a la familia conyugal. El fenómeno de reducción de los miembros de la familia y de concentración de los lazos familiares constituye, por tanto, para DURKHEIM, el fenómeno dominante en la historia de las instituciones domésticas.

El estudio de la familia patriarcal pone de manifiesto que la familia se reconcentra cada vez más sobre sí misma a medida que el medio con el que entra en relación inmediata se amplía. Cuando el horizonte social se expande deja un mayor margen de juego a las divergencias particulares y, por tanto, éstas, que suelen ser comunes a un pequeño número de individuos, cesan de estar constreñidas y pueden progresivamente distanciarse del medio social. Los cambios de las formas familiares reenvían por tanto a cambios en el medio social. Al régimen de la aldea sucede el de la ciudad; a éste el de las naciones con ciudades diferentes; y a éste el de la sociedad de naciones en donde se producen contactos internacionales cada vez más intensos. Al mismo tiempo que el volumen de la familia se contrae, cada vez más su organización interna se modifica. El cambio más importante en esa organización estriba en el quebrantamiento del comunismo familiar. Al principio este comunismo se extendía a todas las relaciones de parentesco, pues todos los parientes vivían y poseían en común pero, a medida que se produjeron las primeras disociaciones en el seno de esas masas amorfas, el comunismo se concentró exclusivamente en la zona central, aunque el grupo de parientes propio de la familia parental todavía siguió manteniendo un cierto

⁴ Seguimos las producciones durkheimianas sobre la familia recopiladas por Victor KARADY en Émile DURKHEIM, *Textes*, París, Minuit: 1975, 3 vols.

peso relativo. Se explica así que cuando alguien muere sin dejar descendientes sus bienes pasen a sus padres, hermanos, hermanas, u otros parientes.

Estos cambios históricos explican que la personalidad de los miembros de la familia se diferencien cada vez más, de tal modo que llega un momento en el que el comunismo resulta imposible. DURKHEIM considera que esa tendencia hacia la desaparición del comunismo de nuestro derecho doméstico está ligada al avance del proceso de individualización. *La familia conyugal* es el resultado de una contracción de *la familia paternal*. La familia paternal comprendía al padre y a la madre, así como a todas las generaciones de descendientes, excepto a las hijas y a sus descendientes, mientras que *la familia conyugal* únicamente abarca al marido, la mujer, y a los hijos menores y solteros. Como puso de relieve Gaëtan AUBÉRY en su estudio sobre *La comunidad conyugal de bienes*, a medida que avanza la historia, la sociedad de los esposos adquiere más fuerza, y se convierte en el elemento esencial y permanente de la familia. La comunidad de bienes pasa así a ser considerada cada vez más como el régimen normal del matrimonio que tiende a generalizarse en los países civilizados. Los otros regímenes pierden progresivamente peso. Cuanto más estrecho se hace el lazo matrimonial, más se refuerza la comunidad moral, y por tanto también se fortalece la comunidad de intereses. Un factor nuevo interviene a lo largo de este desarrollo. En la Edad Media la ley germánica era dominante, y aunque la esposa estaba subordinada al marido, era vista no obstante como su asociada, de tal forma que el marido era el administrador de la fortuna común, pero no el dueño. A partir de la Edad Moderna el derecho romano ejerció un mayor influjo, y la noción romana del poder del marido sustituyó a la germánica. El marido se convirtió entonces en *dueño y señor* de los bienes de la comunidad, y podía disponer de ellos *a su gusto y antojo*; la mujer, por el contrario, se veía golpeada por un estatuto de inferioridad. Esta supremacía del marido entraba en contradicción con la idea misma de comunidad conyugal, ya que los bienes comunes se convertían, de algún modo, en posesión del marido. Por otra parte, esta subordinación de la mujer al marido la dejaba indefensa respecto a él. Para protegerla se le confirieron diversos privilegios (separación judicial de bienes, facultad de renuncia, hipoteca legal...), medidas que se basaban en una desconfianza respecto al marido, y que, en consecuencia, debilitaban la unión conyugal y, por lo general, inmovilizaban los bienes y paralizaban las transacciones. DURKHEIM afirma que aunque todas estas dificultades se imputan a veces al régimen de comunidad, se deben únicamente a una concepción abusiva del poder del marido. La única manera de resolver esta contradicción fue, por tanto, hacer de la esposa una persona igual al marido, es decir, aumentar los poderes y la participación de la esposa en la administración de los bienes comunes: *Para que la mujer pueda gozar de la autonomía que reclama para ella nuestro individualismo es necesario que sea autónoma, en cierta medida, en el ámbito de los intereses económicos. Nuestra concepción de la sociedad conyugal no puede continuar siendo la que nos ha legado la Edad Media, sin que los cambios que se hayan producido sean imputables únicamente al derecho romano*⁵.

³¹ LIPPA, 2000.

³² D'EMILIO, 2002.

El rasgo más nuevo y distintivo de la familia conyugal radica no obstante, para DURKHEIM, en la intervención cada vez mayor del Estado en la vida familiar. El Estado se adentra en la vida doméstica y, por su mediación, se ejerce el derecho de corrección del padre cuando éste sobrepasa ciertos límites. A finales del siglo XIX la legislación llegó a retirar al padre la patria potestad en determinados casos. El Estado, a través de los magistrados, preside los consejos de familia, asume bajo su protección a los huérfanos hasta que se nombre un tutor, vela por los derechos de los miembros más frágiles de la familia. La familia conyugal, a juicio de DURKHEIM, no habría podido nacer de la familia patriarcal, ni de la paternal, o de la mezcla de ambas, sin mediar la intervención del Estado, sin la reglamentación que éste introduce en el ámbito familiar⁶.

¿Debilitan o refuerzan estos cambios los vínculos de la solidaridad doméstica? La respuesta es compleja pues, por una parte, los lazos de parentesco son cada vez más fuertes, ya que son indisolubles pero, por otra, las obligaciones son cada vez menos numerosas y menos importantes. Con la desaparición del comunismo familiar la solidaridad doméstica se convierte en solidaridad personal: estamos unidos a nuestra familia porque lo estamos a nuestro padre, a nuestra madre, a nuestros hijos, a nuestra mujer... Se produce, por lo tanto, una personalización mucho mayor de los vínculos familiares. En otros tiempos los lazos provenientes de las cosas primaban sobre los que provenían de las personas, pues toda la organización familiar estaba destinada a mantener los bienes domésticos, de tal forma que las consideraciones personales pasaban a ocupar un segundo plano. Sin embargo, si se confirma esta otra dinámica social, las cosas que se poseen en común podrían dejar de ser un factor importante de la vida doméstica, de modo que el derecho de sucesión podría perder su razón de ser. DURKHEIM anticipa la probabilidad de un futuro, no muy lejano, en el que, en nombre de la igualdad de oportunidades, ya no estará permitida la transmisión de bienes de padres a hijos, del mismo modo que tras la Revolución francesa el padre dejó de poder transmitir a los hijos sus cargos y dignidades. A su juicio este cambio pasa porque el Estado penalice cada vez más los derechos de transmisión con fuertes impuestos, una medida de justicia distributiva cada vez más necesaria, ya que mientras la riqueza se transmita hereditariamente habrá ricos y pobres de nacimiento, una desigualdad de partida en la vida que es incompatible con los presupuestos morales de la moderna vida social democrática, que exige que las desigualdades *exteriores* se nivelen y equilibren cada vez más para que haya una igualdad de oportunidades. De esto no debe deducirse, sin embargo, que caminemos hacia la uniformización, ya que se incrementarán las desigualdades psicológicas⁷.

⁶ La posición de DURKHEIM sobre el papel del Estado fue retomada por J. DONZELOT y Ch. LASCH. La mayor parte de las notas y reseñas realizadas por DURKHEIM en *L'Année sociologique* sobre familia, matrimonio, sexualidad... son de gran importancia para comprender su posición. Sin embargo publicó también textos relevantes en otras revistas. Por ejemplo es interesante el artículo publicado en la *Revue philosophique* (1895) con motivo de la edición francesa del libro de WESTERMARK sobre el origen del matrimonio.

⁷ Cf. Émile DURKHEIM, *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y del derecho*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2003, págs. 272-274.

¿Cómo afectará esta tendencia a la personalización en las relaciones de poder entre los sexos? En una reseña de la obra de J. LOURBET, titulada *Le problème des sexes*, un libro publicado en París en 1900, DURKHEIM afirma que la posición de inferioridad de las mujeres no está justificada en nuestra vida moderna pues las facultades intelectuales han ocupado el lugar que en otras épocas desempeñaban las fuerzas físicas, y nada en la constitución de la mujer la predestina a una inferioridad intelectual. Sin embargo, a su juicio, la igualdad entre los sexos no se incrementará a no ser que las mujeres participen más en la vida pública, en la vida laboral, social y política pero, en ese caso ¿cómo se transformará la familia? *Cambios profundos serán necesarios*, escribe, *ante los cuales no hay lugar quizás para dar marcha atrás, sin embargo son cambios que es necesario prever*⁸.

ENGELS y DURKHEIM, en el último tercio del siglo XIX, coincidieron en plantear el problema del equilibrio de poder entre los sexos. ENGELS y DURKHEIM, al establecer los rasgos de la familia contemporánea, rompieron con la tesis de que la dominación masculina existe desde siempre, y por tanto desenmascararon la naturalización burguesa de la subordinación de las mujeres. Ambos realizaron un importante esfuerzo de clarificación de conceptos, y a ambos los unió un compromiso común con problemas urgentes de su tiempo, problemas de naturaleza económica, social, y política, sobre los que la sociología, en tanto que ciencia social, puede proyectar luz. Sin embargo llegaron a conclusiones bastante divergentes, pues sus modelos de análisis no se podían desligar, en definitiva, de las posiciones que cada uno de ellos adoptó respecto a la cuestión social y los problemas sociales y políticos de su tiempo.

Las distintas teorías sociológicas suponen, especialmente a finales del siglo XIX, enfoques diferenciados que reenvían explícita o implícitamente a modelos de sociedad específicos. Conservadores, liberales, socialistas y anarquistas asumieron posiciones diferentes no sólo respecto a *la cuestión social*, a los conflictos que atravesaban el campo social, a los conflictos entre las clases, sino también en lo que se refiere a las relaciones entre los sexos. Las valoraciones de la institución familiar varían con los grupos sociales que pugnan en el espacio social por imponer su definición de las relaciones de parentesco como la única definición legítima. Socialistas como FOURIER, OWEN, MARX y ENGELS defendieron, pese a sus sensibilidades y divergencias, un nuevo modelo de sociedad en el que desaparecerían las desigualdades entre las clases, y también entre los sexos. De ahí que pusiesen en cuestión la familia monogámica por considerar que constituía una de las causas del sometimiento y la opresión que sufrían *las mujeres*. Otros científicos sociales, como por ejemplo Augusto COMTE, consideraron, por el contrario, que *la familia* constituía uno de los pilares básicos sobre el que tenía que instituirse el nuevo orden social. Entre ambas posiciones extremas existieron otras que se distanciaron tanto de la postura revolucionaria que propugnaban socialistas y anarquistas, como de las que adoptaron liberales y conservadores.

⁸ DURKHEIM adoptó por tanto una posición progresista, en contraste con la defendida por WESTERMARK en *The History of Human Marriage* que se comenzó a publicar en 1891. Este último autor fue uno de los principales impugnadores de las tesis de BACHOFEN y MORGAN sobre el matriarcado. Su posición contribuía a refrendar, en el marco de una sociedad victoriana, la concepción tradicional burguesa. En 1921 su libro alcanzó la 5.ª edición.

DURKHEIM, como es bien sabido, se inscribe precisamente en el espacio del reformismo social, en el terreno específico del *solidarismo*, que propició el nacimiento del Estado Social⁹.

Los marxistas, cuyo modelo de análisis confiere a las relaciones de producción un papel central, son partidarios de la revolución proletaria, de la destrucción del sistema capitalista, de la abolición de las clases sociales, y de la desaparición de las desigualdades entre los sexos. En el caso concreto de *El origen de la familia* las urgencias revolucionarias de ENGELS parecen imponerse con tal fuerza que le impiden un análisis más distanciado de la correlación de fuerzas entonces en liza. Una de sus mayores contribuciones es haber introducido la historia en el análisis de las relaciones de producción y en el estudio de las relaciones *familiares*. La obra de ENGELS culmina cuando los trabajos sociológicos de DURKHEIM comienzan. De hecho los trabajos de DURKHEIM sobre la familia se producen con posterioridad a su viaje a Alemania en 1886, cuando tuvo un primer contacto con los socialistas de cátedra alemanes. A diferencia de ENGELS, cuyo gran enemigo fue el liberalismo económico, DURKHEIM trató de encontrar en la sociología, más allá del liberalismo y del comunismo, y en una nueva moral laica, la ética de la ciudadanía, las bases de una sociedad democrática. La centralidad que ocupan las relaciones de producción en la obra de ENGELS la ocupan en la de DURKHEIM los vínculos sociales, que constituyen el soporte del Estado social y democrático de derecho¹⁰.

Los trabajos de ENGELS y DURKHEIM estaban excesivamente vinculados a los estudios antropológicos que tanta importancia cobraron en el siglo XIX. Sin embargo para conocer la génesis de los principales vectores que conformaron la familia moderna más que remitirse a las denominadas sociedades primitivas, consideradas como un antecedente en la evolución de nuestras sociedades, parece más pertinente el recurso a la historia. Los trabajos realizados por algunos sociólogos clásicos, como Max WEBER, Werner SOMBART, y más recientemente por Norbert ELIAS, así como los estudios de historiadores tales como George DUBY y Jacques LE GOFF, analizan los cambios que tuvieron lugar a finales de la Edad Media, y cómo la Iglesia lanzó una fuerte ofensiva para recristianizar las relaciones de parentesco. En *Nacimiento de la mujer burguesa* hemos analizado cómo se puso en marcha a finales de la Edad Media el *dispositivo de feminización*, y cómo una de las principales vías para el control eclesiástico de los fieles fue la institucionalización del matrimonio monogámico indisoluble. La reforma gregoriana, y posteriormente la realizada por las órdenes mendicantes, culminó con la Reforma protestante y la Contrarreforma católica. Las órdenes mendicantes, que

⁹ Cf. Fernando ÁLVAREZ-URÍA y Julia VARELA, *Sociología, capitalismo y democracia*, Madrid, Morata, 2004.

¹⁰ Los trabajos de ENGELS y DURKHEIM sobre la familia han generado numerosos estudios. Cf. por ejemplo M. ABELES, *Anthropologie et marxisme*, París, PUF, 1976; Robert N. BELLAH, "Durkheim and History", *American Sociological Review*, 24 (4), 1959, págs. 447-461; Jean-Claude CHAMBOREDON, "Émile Durkheim: le social, objet de science. Du moral au politique?", *Critique*, págs. 445-446, 1984, págs. 461-531; C. FLUEHR-LOBBAN, "Marxism and the Matriarchate: One hundred years after 'The origin of the family, private property and the State'", *Critique of Anthropology*, 7, 1, 1987, págs. 5-14; M. GANE, "Durkheim, Woman as Outsider", *Economy and Society*, 12, 1983, págs. 227-270, así como Terry R. KANDAL, *The Woman Question in classical sociological theory*, Miami, Florida International University Press, 1988.